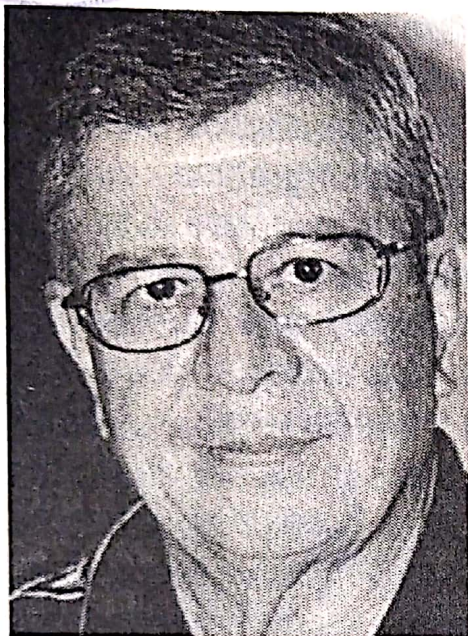




EL CAMINO DE ISNOS O EL CAMINO DE LOS PUERCOS



Gabriel Calderón Molina
Miembro Numerario – Academia
Huilense de Historia

“Toda arqueología de materiales es una arqueología humana. Lo que este barro esconde y muestra es el tránsito del ser en el tiempo y su paso por los espacios, las señales de los dedos, los arañazos de las uñas, la cenizas y los tizones de las hogueras apagadas, los huesos propios y ajenos, los caminos que eternamente se

bifurcan y se van distanciando y perdiendo unos de otros”.

José Saramago. La Caverna

Premio Nobel de Literatura 1998

La evolución económica y social de las regiones está estrechamente ligada a la historia de sus caminos por los que transitaban los antepasados en el proceso de colonización y poblamiento del territorio. Durante la Conquista española, la Colonia y luego en la República, los caminos fueron vitales para facilitar los desplazamientos en busca de nuevas tierras, el desarrollo de los intercambios de mercaderías y en el mantenimiento del control político, militar económico, cultural y administrativo de los gobernantes a lo largo ancho de la geografía nacional. Fueron los caminos el medio de comunicación imprescindible para articular las regiones con los centros de poder político y económico que se iban formando a lo largo y ancho del país.

La historia del mundo registra el papel desempeñado por los caminos desde la antigüedad en el afán del ser humano por dominar, controlar o explotar sus riquezas y someter a otros pueblos a su voluntad.

Son famosos los caminos del imperio romano que partiendo desde Roma se dirigían a los cuatro puntos cardinales de sus dominios por donde circulaban los gobernantes y sus ejércitos, los comerciantes, los artesanos, los obreros y los campesinos en un ir y venir de donde surgió la expresión de que "todos los caminos conducen a Roma". También son históricos los caminos que seguían las caravanas por los desiertos de África y Asia, entre ellos el que recorrió Marco Polo en el siglo XIII para llegar a la China. Al igual, el camino de Santiago de Compostela en España que recorren los peregrinos desde hace unos 1.200 años cuando van a ese lugar religioso de Galicia. En América está el famoso "Camino del Inca", una red de 25.000 kilómetros de longitud que sirvió de medio de comunicación del Imperio Inca y mediante el cual controlaba sus extensos territorios que abarcaban desde el norte de Chile hasta el sur de Colombia.

La geografía colombiana fue un inmenso espacio para que surgieran caminos en el proceso de poblamiento de sus territorios. Los hubo prehispánicos para el intercambio de productos y saberes chamanísticos entre las tribus indígenas. Luis Eduardo Delgado Santacruz¹ escribe que "desde hace más de 15.000 años, las culturas que habitan las partes altas de los Andes han venido desarrollando un programa de intercambio con las comunidades itinerantes de la floresta tropical húmeda. La gente de los Andes en un principio proporcionaba sal, instrumentos de metal y productos derivados del mar y tomaba de las culturas amazónicas la instrucción necesaria para acceder al saber chamanístico y a su práctica, utilizando el tabaco, la coca y el yagé, que también antaño conseguían mediante estos contactos. Tales intercambios no los realizaban en forma directa, sino por intermedio de grupos humanos que habitaban en el corredor que unía el mundo andino con las comunidades amazónicas", intercambios que requerían lógicamente la existencia de caminos que atravesaran la cordillera. Uno de estos fue el camino del Macizo Colombiano que pasa por el páramo del Letrero. Desde unos 9.000 años a. de C. este Macizo era un entrecruce de caminos que recorrían los indígenas en sus continuos desplazamientos como cazadores y recolectores y que

¹ MEMORIAS del Primer Encuentro de Investigadores del Piedemonte Amazónico. Universidad de la Amazonia. Tercer Mundo Editores. 1997, página xiii.

luego repitieron los conquistadores blandiendo la espada y la cruz como lo hicieron Sebastián de Belalcázar y sus lugartenientes durante la Conquista. Otro fue el camino acuático del Magdalena surcado por canoas que los indígenas hacían de troncos de cedro y por donde se supone que estos hicieron la penetración al país procedentes del Caribe y Centro América.

En la Colonia los caminos permitieron la consolidación del dominio español que, mediante la mula y el caballo, permitieron la evangelización católica, la adopción del sistema de las encomiendas y la creación del latifundio como expresiones del poder político de las élites que desde Santafé imponían su voluntad avasallante sobre quienes habían sobrevivido a la destrucción de la raza indígena. Así mismo, la arriería antioqueña abrió caminos por la región andina y los champanes se usaron por espacio de 300 años en el Magdalena, principal vía de comunicación durante cuatro siglos de vida nacional.

La historia del Huila y su formación como entidad política, económica y cultural, está directamente relacionada con los caminos que recorrían su geografía de norte a sur y que luego se ramificaban hacia el oriente y occidente, sobrepasando en muchos casos las cordilleras por donde los huilenses avanzaron hacia los cuatro puntos cardinales. Hacia el oriente y el sur en busca de la quina y el caucho, productos básicos de exportación nacional durante más 60 años, y posteriormente por el proceso colonizador en la región amazónica. Hacia el occidente, aunque en menor proporción, por razones comerciales.

La simple enumeración de los principales caminos que surcaron el Huila, muestra la magnitud de su papel en las transformaciones paulatinas que se sucedieron a lo largo del tiempo :

1. El camino central que proveniente de Santafé llegaba hasta Timaná en la época de la colonia.
2. El camino a Popayán que, pasando por Guanacas, recorrió el misionero Fray Juan de Santa Gertrudis en el año de 1756, procedente de Cartagena de Indias.

3. El camino del Macizo Colombiano, que pasa por el páramo de Las Papas, sin duda prehispánico, que unía al imperio Chibcha con el Imperio Inca.
4. El camino precolombino que a través de Saladoblanco y Oporapa unió la cultura Uyumbe, de San Agustín, con la Cultura de Tierradentro y algunos han recorrido.
5. La Trocha del Pensil que de Timaná iba, durante la Colonia, a Popayán pasando por Platavieja, cuya construcción ordenara el propio Pedro de Añazco.
6. El camino de Isnos², recorrido desde los albores de la conquista que, pasando por la Hacienda de Laboyos, Acevedo y Belén de los Andaquíes, unió a Popayán con el Caquetá.
7. El camino Guadalupe – Resinas – Florencia que antecedió a la carretera construida con motivo de la guerra con el Perú.
8. El camino Garzón – cabeceras del río San Pedro.
9. El camino Gigante – Puerto Rico
10. El camino Campoalegre – cabeceras del río Caguan
11. El camino Colombia - La Uribe

Un estudio sobre los antiguos caminos del Huila, aportaría grandes elementos de juicio para penetrar en la verdadera historia del sur del país y además, sería una forma de impulsar turismo.

Cuando cada país o región del mundo, ha comenzado a valorar sus antiguos caminos como parte del patrimonio cultural de los pueblos, se impone la necesidad de recuperarlos para la historia y para el diseño de estrategias del turismo, orientado hacia la cultura y la naturaleza

² ISNOS : Vocablo quechua que significa “Montaña Sagrada”, haciendo posiblemente alusión a la región de adoratorios y sepulturas que encontraron los españoles en la zona.

en pos de fortalecer la diversidad de los atractivos turísticos que ofrece el sur del país.

El Macizo entrecruce de Caminos

Gerardo Reichel-Dolmatoff, escribe que no se puede hablar de una cultura de San Agustín. Pues "se trata de una región en la cual se encuentran superpuestos los vestigios de muchas *diferentes* culturas, algunas de las cuales se desarrollaron en el mismo lugar, a través de fases sucesivas, pero otras llegaron desde zonas alejadas, sea como invasores o sea en forma de una lenta penetración pacífica"³.

Agrega que cerca de San Agustín "está ubicada la depresión más baja de toda la cordillera Oriental, que forma una comunicación natural con el Noroeste Amazónico; hacia el noreste se abren varios pasos en las cadenas montañosas, por los cuales se establece un acceso a las cabeceras del río Guaviare y a los llanos del Orinoco. Otros pasos, todos de fácil alcance, llevan al valle del Patía y a la Costa Pacífica, y una serie de rutas se abren por las montañas del sur hacia las cordilleras ecuatorianas. Si añadimos el gran valle del río Magdalena que se abre hacia el norte, se puede apreciar que San Agustín está ubicado en la encrucijada de grandes vías de comunicación, de migraciones y de influencias culturales. La zona arqueológica constituye pues un importante punto de articulación que, por un lado, recibió estímulos de otras regiones y, por el otro, ejerció su influencia sobre las culturas de sus alrededores".

Esta realidad social que describe este investigador no se puede explicar sin los caminos precolombinos que necesariamente tuvieron que existir desde y hacia el Distrito Sagrado que hubo en el sur del Huila, surcando no solo las cordilleras andinas, sino el valle del Magdalena en desarrollo de las relaciones e intercambios con otras tribus del continente.

Cualquiera que conozca un poco de la cultura que aún se percibe en el Macizo Colombiano y sus entornos, puede reconocer que el

3 NUEVA HISTORIA DE COLOMBIA. Tomo I. Colombia Indígena, período prehispánico. Editorial Planeta. Bogotá. 1989. Pág. 46 y s.s.

Imperio Inca en algún momento del pasado extendió su dominio hasta estos territorios y que este Macizo fue un territorio que recorrieron y dominaron sus hombres hasta lugares que actualmente corresponden al centro del Huila. La existencia de vocablos del idioma quechua para designar ríos y lugares comprueba su presencia en estos territorios. Tales son, entre muchos otros, los de Uyumbe, Papallacta, Quinchana, Guachicos, Guácharos, Chillurco, Isnos, Charguayaco, Upayaco, Verdiyaco, y Osoguaico. También, por lo escrito por el historiador Ramón Gómez Cubides, según cita que de él hace Bernardo Tovar Zambrano⁴, el vocablo "Guatépán", "Guatipán" o "Gwaitipán" viene del Quechua Wateg: instigador (a); Wategpa: instigar, que representa el nombre indígena de la Gaitana. Igualmente está el vocablo Cambi o Cambé que, como lo señala el historiador Joaquín García Borrero⁵, sirvió para bautizar el valle de San Sebastián de La Plata que los españoles transformaron en Cambís.

Cuando los españoles llegaron, si bien no podían hallar en la zona caminos de herradura como los que existieron después, es fácil suponer que encontraron y utilizaron los senderos que los indígenas utilizaban y de los que muchas veces se valieron para avanzar en la conquista y colonización de los territorios.

Por sus características geográficas e históricas, uno de los caminos que más llaman la atención es el camino de Isnos, como se conoció desde el inicio de la Conquista española, que atravesaba el Macizo Colombiano por el Valle de Paletará.

La Ruta de los Conquistadores

Aunque no existe evidencia de que la ruta que utilizaron los españoles para trasladarse de Popayán al Alto Magdalena fuera antes un sendero peatonal de los indígenas, tampoco se puede descartar esta posibilidad. En el sector de Isnos, como es de todos conocido, tuvo asiento, al igual que en San Agustín, la civilización precolombina que

⁴ CONQUISTA ESPAÑOLA Y RESISTENCIA INDÍGENA. Historia General del Huila. Volumen 1, 1995, pág. 236

⁵ Neiva en el Siglo XVII. Empresa de Publicaciones del Huila. 1989. Pág. 2

elaboró las esculturas de piedra, adoratorios, templos y sarcófagos monolíticos que en alguna forma debió interrelacionarse con las tribus que ocupaban la zona contigua del alto Cauca, al otro lado de la cordillera Central.

La historia refiere que Sebastián de Belalcázar después de haber fundado las ciudades de Cali y Popayán, regresó a Quito para organizar una nueva expedición para consolidar los territorios ya descubiertos, continuar con otras exploraciones en busca de oro y encontrar una salida hacia el mar del Norte y encontrar El Dorado, leyenda de los indígenas que suponía la existencia de una ciudad de oro en donde los deseos de enriquecimiento serían saciados por quienes la hallaran más allá de las montañas.

Impulsado además por el proyecto de tener su propia gobernación, que lo hiciera independiente del mando que sobre él tenía el conquistador del Perú, Francisco Pizarro, Belalcázar salió de Quito a finales del año de 1537. " Por mayo de 1538 estuvo Belalcázar de regreso en Popayán con 300 soldados bien equipados y provistos no sólo de lo necesario, sino también de utensilios y arreos de lujo y ostentación. Seguíanlo 1.000 indígenas yanaconas conduciendo los equipajes, y, además, asnos, ganado vacuno, perros, gallinas y semillas para su propagación en la Colonia", escribe Joaquín García Borrero⁶, citando al historiador Jaime Arroyo autor de la Historia de la Gobernación de Popayán.

Belalcázar, apoyado por sus subalternos Maese Melchor de Valdez, Pedro de Añasco, Juan de Ampudia, Juan Cabrera, Martín Yáñez Tafur y Juan Díaz de Hidalgo, partió de Popayán en el siguiente mes de junio hacia el oriente en dirección a las cabeceras del río Magdalena y pasando sierras nevadas (Sierra Nevada de Coconucos), caminó ocho meses hasta cuando encontró pueblos que correspondían a las tribus que habitaban el alto Magdalena. Sobre la ruta que recorrió hay discrepancias entre los historiadores. La mayoría sostiene que lo hizo por la región de Isnos, o sea, bajando por la banda izquierda del

6 Ibid, pág. 51

río Mazamorra, afluente del Magdalena. Sin embargo, Juan Friede⁷, escribe que lo hizo pasando por el nacimiento del Magdalena en el páramo de las Papas.

Lo que sí aparece absolutamente claro es que el capitán Francisco García de Tobar, enviado por Lorenzo de Aldana, gobernador de Popayán, a perseguir a Belalcázar declarado en desobediencia de las órdenes de Pizarro, bajó al valle del alto Magdalena en el año de 1537⁸ por la ruta de Coconucos, Mazamorra e Isnos en la cual parece haber encontrado las estatuas y adoratorios de la cultura precolombina existente en la zona (Alto de los Ídolos, Alto de Las Piedras, etc.). Bernardo Tovar Zambrano en su escrito 'Conquista Española y Resistencia Indígena'⁹, citando a Juan Friede, escribe lo siguiente : "Según lo afirma el historiador Jacinto Jijón y Caamaño, dicha parte ya había sido explorada por otro súbdito de Belalcázar, el Capitán Francisco García Tobar, quien bajó de Popayán en 1537, por la ruta de los Coconucos e Isnos y llegó al valle del Alto Magdalena, el cual "le pareció ser otro mundo, y así vinieron con gran alborozo, diciendo que era otro México". ¿ A qué se refiere cuando habla de haber visto otro México?. ¿Qué tenían en común México y los territorios de Isnos?. A nadie se le escapa que se trata de las esculturas de piedra, adoratorios y monolitos que todavía yacían en sus sitios originales sin que la mano de los intrusos en busca del oro hubiera destruido las estructuras sobre las que descansaban esos vestigios de la civilización precolombina que luego formaría parte de la llamada "Civilización Agustiniana".

Luego de la Fundación por Pedro de Añasco del primer asentamiento español el 18 de diciembre del año de 1538 en tierras de los indios Timanáes, al que se le denominó Guacacallo, la ruta seguida por Francisco García de Tobar fue utilizada por algún tiempo para la movilización de colonos y recursos con destino a los primeros pobladores de la zona. Incluso el mismo fundador de Timaná, dice

7 NUEVA HISTORIA DE COLOMBIA. La Conquista del Territorio y el Poblamiento. Editorial Planeta. 1989. Pág. 83

8 Nótese la no coincidencia de fechas de la expedición de Belalcázar entre Joaquín García Borrero (1538) y Juan Friede. Sin embargo, la razón parece estar de parte de este último.

9 Obra cit. Pág. 217

la historia, regresó a Popayán con el fin confirmar su designación en el grado de Capitán y traer más españoles para poblar la región, entre quienes figuraron Juan de Orozco y Arias Maldonado. En el siguiente año, Florencio Serrano fue enviado a Popayán por el mismo camino con la misión de traer colonos, ganados y otros animales para desarrollar la región, habiendo sido el único que sobrevivió al ser atacada la caravana por los indios, a su regreso de Popayán.

Es de mucho interés histórico, resaltar la controversia entre los historiadores sobre el sitio por el cual los conquistadores pasaron el río Magdalena. Para el escritor Juan Friede, según lo expone en su libro *Los Indios de Alto Magdalena*, Belalcázar descendió por la región de Isnos¹⁰ hasta un lugar del Magdalena que hoy posee un puente que se llama El Remolino, frente al caserío de Versailles por donde vadeó el río. Por su parte, el historiador Carlos Ramón Repizo en su libro *Destrucción de la Naturaleza*¹¹ manifiesta no compartir esta posibilidad, basado en el conocimiento personal que tiene de la zona. Escribe que al llegar Belalcázar al lugar donde fuera la hacienda de don Simón Arboleda, hay dos puntos de partida para seguir adelante: Uno, hacia el Valle de Laboyos, vadeando el río por el sitio de El Remolino; el otro, siguiendo el curso del Magdalena por la banda izquierda, hacia la fracción de La Laguna, al frente de Guacallo. En su sentir, Belalcázar no pudo utilizar el Valle de Laboyos como ruta para el paso de sus hombres, por "ser impropia en aquel entonces y en parte aún hoy día, pues es región baja, antaño cubierta de tupidos guaduales y bosques, anegadiza y con grandes pantanos, con arroyos de lecho blando y cenagoso como son los del Guamal y Aguablanca; de ríos en partes con altos barrancos y vegas pantanosas, tales las de los ríos Guachicos y Guarapas; son 26 kilómetros de recorrido con piso cenagoso e impropio para la infantería, y con mayor razón para la caballería".

10 Aquí Juan Friede sostiene un punto de vista distinto al escrito en *La Conquista del Territorio y el Poblamiento* (pág. 83 Tono 1 de la Nueva Historia de Colombia ya citada). "Pese a la oposición del cabildo de Quito, Belalcázar se puso en marcha con indios y soldados". Sin hallar el pretendido "Dorado" ni lograr atravesar el nudo andino, su ejército llegó al Valle de las Papas, lugar de nacimiento de los ríos Cauca y Magdalena que en dicho lugar están separados sólo por un corto trecho de terreno cenagoso"

11 Versión que transcribe de su trabajo histórico *RUTA DE BELALCÁZAR Y FUNDACIÓN DE LA VILLA DE TIMANÁ*, publicado en el Volumen XXXIII, No 113, año de 1978 del Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia.

Para el autor de este trabajo, en la zona hay solamente dos sitios para vadear el río, y eso, sólo en épocas de verano: El primero, está situado en Matanzas, al frente de donde la quebrada La Chorrera fluye sus aguas al Magdalena. El segundo está ubicado a unos cien metros más abajo del puente de El Remolino al que se ha hecho alusión. Es factible que Belalcázar sí vadeara el río por cualquiera de estos sitios, pero para evitar las zonas pantanosas de Criollo, Contador y de las demás que señala Carlos Ramón Repizo, continuó el recorrido por la banda derecha del río Magdalena, vadeó el río Guarapas unos doscientos metros arriba de su desembocadura y siguió por su banda derecha pasando por Chillurco, La Meseta, Aguadas y Yamboró hasta llegar a Guacacallo.

De todos modos, el camino recorrido por estos conquistadores fue pronto sustituido por la denominada Trocha del Pensil, construida por el teniente Juan de Ampudia en 1539 por orden de Sebastián de Belalcázar para comunicar a Timaná con Popayán, siendo el primero que se acometiera en tiempos de la conquista¹².

El Camino de Isnos es posible que entrara entonces en desuso quedando abandonado hasta cuando se presentaran nuevos hechos económicos y sociales que le dieron otra dimensión a su importancia en el desarrollo de las regiones del sur del país. Sin embargo, se puede suponer que por lo menos siguió activo entre Popayán y la quebrada de Las Minas, afluente izquierdo del río Mazamorra en jurisdicción de San Agustín, en donde, primero los españoles y después algunos miembros de la aristocracia de esa ciudad, explotaron durante unos ochenta años el oro de socavón durante la colonia, valiéndose de esclavos.

La Ruta de los Evangelizadores

El desuso en que posiblemente entró este camino, no fue del todo. Debió continuar siendo un camino peatonal. De otro modo, se lo habría tragado la selva y difícilmente hubiera sido descubierto por los misioneros como vía para trasladarse a *La Tierra adentro*, como parece que llamaban

12 BORRERO GARCÍA, JOAQUÍN. El Huila y sus Aspectos. Obra ya citada. Pág. 42

los misioneros a las lejanas tierras del Caquetá. Escribe el historiador Justo Casas Aguilar que "las misiones fueron un programa de Estado, porque éste las subvencionó. Los misioneros rendían cuentas a la jerarquía eclesiástica y ésta al Estado. Según el padre Arcila Robledo, las misiones de La Tierra adentro o del Caquetá-Putumayo, tuvieron dos épocas: la ecuatoriana, llamada así porque dependieron de la provincia franciscana de Quito y comprendía desde su fundación en 1632, hasta el año de 1755. La granadina o colombiana que se inicia en el año citado, cuando por cédula real expedida en Aranjuez el 30 de abril de 1755, el Rey ordenó que éstas pasaran a depender de la provincia franciscana de Popayán, con adscripción al Colegio de Nuestra Señora de las Gracias"¹³.

La reanudación en el uso del camino de Isnos, ya no como camino de conquistadores sino de misioneros, seguramente tuvo que ver con el trasladado a Popayán de la provincia franciscana, bajo la responsabilidad de ese colegio. Justo Casas Aguilar en su obra citada dice que, "el acceso a la Misiones de *La Tierra adentro* siempre fue un problema por las enormes distancias que los clérigos debían recorrer por pésimos caminos. En principio, las rutas más frecuentes fueron el camino Popayán- Almaguer -Mocoa- Río Putumayo, donde estaba el fuerte de las misiones, y que según parece, fue abandonado por las dificultades que presentaba. El camino Popayán-Pasto-Sibundoy-Mocoa-Río Putumayo, trajinado durante mucho más tiempo, pero clausurado a mitad del siglo XVIII a causa del comercio ilícito, rehabilitando el camino de Almaguer."

Con base en datos recogidos del Archivo Central del Cauca, el mismo autor escribe que "Se trató también de establecer la ruta Popayán-Pasto-Valle de Cayambe-Sucumbíos, pero por las dificultades presentadas fue abandonado. Luego agrega que "corriendo la década del 60 del siglo XVIII fue descubierta por el padre José de la Concepción Vicuña, la ruta Popayán-Hacienda de Laboyos- San Francisco de la Ceja (hoy Acevedo, anotación nuestra); de allí se bajaba al río Pescado y se tomaba dirección hacia Mocoa y Sucumbíos, o se tomaba el Caquetá

13 CASAS AGUILAR, JUSTO. *Evangelio y Colonización*, Una aproximación a la historia del Putumayo desde la época prehispánica a la colonización agropecuaria. Ecoe Ediciones. Bogotá, 1999 Pág. 58.

hasta La Tagua donde se pasaba al Putumayo, cuando se iba para los pueblos más retirados de este río. Esta vía permitía hacer el recorrido entre Popayán y las misiones en un tiempo que rodeaba los 20 días, mientras que por las otras se gastaban los misioneros de dos a tres meses. Además, tras el descubrimiento de esta ruta, se erigió a la Ceja como pueblo de escala para las misiones.”¹⁴

Es fácil deducir que la utilización del camino de Isnos para la labor misionera, implicó forzosamente su recuperación y rehabilitación para el uso caballar, si se tiene en cuenta la necesidad de transportar equipos y herramientas de trabajo (barretones, hachas, machetes, azadones, piedras de afilar, etc.), utensilios de uso personal, doméstico, pastoral y alimentos, dentro de los cuales no podía faltar el vino de consagrar para muchos meses. Además, debían figurar los presentes novedosos para atraer a los indígenas como espejos, anzuelos, cuchillos, hachas, ropa, sombreros, etc. para facilitar las tareas que se proponían los religiosos. Entre éstas, la de cambiar los instrumentos de producción de los indígenas para adaptarla a los sistemas hispánicos y, de otra parte, para convertirlos a la fe católica.

El uso del camino de Isnos por los misioneros debió ser frecuente mediante el movimiento de caravanas más o menos grandes en ambos sentidos. Lo cierto es que dicho uso dio paso al intercambio entre los pueblos del Alto Magdalena y la ciudad de Popayán con variados elementos de comercialización; uno de ellos fue el de los cerdos que abundaban en la Provincia de Timaná, que eran arriados traspasando la cordillera Central, por entre la selva y los páramos y valles de Paletará al mercado de Popayán.

Otro uso fue el que le dieron los indios al camino, a comienzos del siglo XX, cuando víctimas de los desahucios y persecuciones por los dueños de las tierras de San Agustín, primero de los herederos del general José Hilario López, luego de Ramón Scarpetta y posteriormente de los compradores, de raza blanca provenientes del Cauca y Nariño, de las tierras que antes ocupaban los naturales, abandonados éstos por el gobierno, tomaron el camino de Isnos para dirigirse al occidente

¹⁴ CASAS AGUILAR, JUSTO. Obra cit. Pág. 63

del país. José Aniceto Calderón narraba que en uno de sus viajes que hizo a Popayán, arriando puercos por la trocha de Isnos hacia 1915, alcanzó en el Chupallal del Perico a un numeroso grupo de indios que habían sido desahuciados de las tierras de San Agustín, compuesto casi sólo de mujeres y niños, quienes estaban en la más completa miseria. Se habían detenido allí porque no se atrevían a pasar el páramo sin tener qué comer. Contaba que les había regalado uno de los animales para que lo mataran y se alimentaran. Al reanudar la marcha, habían seguido detrás de los puercos hasta cuando llegaron a Paletará y luego no los volvió a ver ¹⁵.

El Camino de los Puercos

Así se le denominó en el sur del Huila a la antigua ruta de los conquistadores cuando su uso pasó a ser únicamente la de arriada de puercos gordos; una vez los religiosos franciscanos lo rehabilitaron a mediados del siglo XVIII. Esta forma de uso se prolongó por más de 170 años, más o menos hasta cuando las grasas vegetales sustituyeron el consumo de la grasa animal, hacia finales de la década de 1920.

Recorría este camino los mismos lugares y escenarios por donde ahora lo hace la carretera transversal Sombrerillos- Isnos- Paletará- Popayán¹⁶, con excepción de la primera parte, pues en el sector de El Mortiño, viraba a la izquierda buscando las laderas del cerro La Horqueta. No pasaba, entonces, por el Papalito¹⁷, como se llamaba

15 CALDERÓN MOLINA, Gabriel. Huellas de la Noche Larga. Trasegar de un Laboyano en la guerra de los Mil Días. Editora Surcolombiana 2000. Pág. 19.

16 La construcción a partir de Sombrerillos se debió a las influencias del senador Simón Arboleda para favorecer sus intereses particulares por ser dueño de la antigua hacienda de Isnos ubicada al frente de Matanzas. De otro modo, posiblemente se hubiera construido por el sector de Chillurco.

17 PAPALITO, nombre dado a este lugar por el cultivo de papa que tuvieron quienes tumbaron la selva a comienzos del siglo XX. Posteriormente, Pedro Antonio Calderón Renza lo convirtió en un chiquero para criar y engordar puercos a base de maíz que luego enviaba a Popayán. Según el Padre Jenaro Díaz Jordán (Proceso Histórico de Pueblos y Parroquias de la Diócesis de Garzón, Caliche Impresores 2.000), en el año de 1936 el padre Jesús H. Rodríguez fijó este lugar la fundación de Isnos. En 1939 el padre Justino Mañosca trazó las calles y demarcó el terreno para la iglesia y casa cural. Dice, así mismo este autor, que el Padre Mañosca le informó que "en el lugar mismo donde se fundó Isnos no existía sino la casa de un señor Vargas" (págs 373-374). Este hombre al que se refería Mañosca fue Silvano Vargas, abuelo de Silvano Vargas Cantillo, fallecido en el 2002 en Neiva.

el lugar en donde se fundó la población de Isnos. Los paisajes espectaculares por los que atraviesa en la actualidad dicha vía, debieron ser inimaginables para quienes lo observaron en otros tiempos. La historia escrita y la transmitida verbalmente de los últimos dos siglos registra el paso por este camino de personas involucradas en los procesos bélicos que vivió el país.

El general José Hilario López cuenta en sus memorias que cuando fue conducido prisionero de Popayán a Santafé por las fuerzas españolas en el año de 1816, le tocó hacerlo a pié por este camino. Durante la guerra civil de los Mil Días fue utilizado por los rebeldes de Pitalito para traer armas de Popayán con las cuales intentaron tomarse esta población el 19 de abril de 1900, bajo el mando de Ricaurte Antonio López¹⁸, condueño de la hacienda de Laboyos. Posteriormente, cuando arreció la persecución oficial contra los habitantes de esta hacienda, varios de ellos, tomaron este camino en busca de la quebrada de Las Minas pretendiendo sobrevivir explotando el oro en los antiguos socavones que dejaron los españoles en ese lugar o practicando el "mazamorreo", actividad que desde los primeros años de la colonia dio origen al nombre del río Mazamorras en cuyas aguas se dice que antiguamente se obligaba a los indígenas a buscar oro para los conquistadores y luego para los encomenderos del Valle de Laboyos. En esa misma guerra, un inspector del ejército se hizo transportar por este camino hasta Popayán a la espalda de silleteros que fueron seleccionados entre los presos políticos de la cárcel de Pitalito, como lo narraba José Aniceto Calderón Perdomo¹⁹, uno de los escogidos para semejante travesía cuyos detalles se narran en el libro Huellas de la Noche Larga. Trasegar de un Rebelde Laboyano en la Guerra de Los Mil Días²⁰.

Durante buena parte del año, esta zona de la cordillera permanece envuelta en la bruma y sólo el viento helado deja ver, por momentos, la

¹⁸ RICAURTE ANTONIO LÓPEZ, condueño de la Hacienda de Laboyos (hijo del general José Hilario López)

¹⁹ JOSÉ ANICETO CALDERÓN PERDOMO (1870-1964), para la época de la guerra de los Mil Días vivía en Contador como arrendatario de la hacienda de Laboyos y como tal participó activamente al lado de la revolución a órdenes de Ricaurte Antonio López, hijo del General José Hilario López.

²⁰ AUTOR : GABRIEL CALDERON MOLINA. Editora Surcolombiana. Neiva 2000

inmensidad de la selva, con sus impresionantes alturas que penetran en el cielo. Pero cuando el día amanece desbordado de luz, aparece el impresionante paisaje del trópico andino en todo su esplendor. Para quien se dirige a Popayán, en la parte más alta de la cordillera, mirando hacia la izquierda se perfilan los cerros de donde provienen las primeras fuentes del río Cauca, en primer término, El Español y El Cubilete, este último denominado así porque su cúspide semeja un sombrero de copa o bonete sacerdotal y, más al fondo, el volcán de Sotará de 4.450 metros de altura sobre el nivel del mar, en otros tiempos coronado de nieve. Al frente, el espectacular valle de Paletará, asiento de haciendas dedicadas a la ganadería propiedad de descendientes de la rancia aristocracia payanesa. A la derecha el volcán Nevado de Pan de Azúcar, donde tiene sus fuentes el río Mazamorra y que como faro en medio de la selva, daba a los arrieros de puercos la primera señal de que estaban próximos a iniciar el descenso hacia el valle de Paletará. Y a mayor distancia, la sierra Nevada de Coconucos y el volcán de Puracé, cuyas cúspides blancas desaparecieron en el transcurso del siglo XX por efectos del calentamiento de la tierra. Atrás, hacia el oriente, el cañón del Mazamorra, por cuya ladera izquierda se asciende a la cordillera central. Estando en el valle de Paletará, eran cuatro días de camino arriando puercos para llegar a Popayán. Ahora en el recorrido se emplea una hora en carro particular.

El punto de partida del camino hacia Popayán era el paso del Magdalena por el sitio que todavía se le conoce con el nombre de "Paso Real", ubicado a la altura de la vereda de Matanzas²¹, en San Agustín, en donde todavía se perciben los profundos senderos horadados en la pendiente de descenso y ascenso al río por el largo trajinar de vacunos, bestias y cerdos que eran trasladados de un lado a otro. En este lugar había un cable extendido de lado al lado del río que facilitaba y daba seguridad al desplazamiento de las balsas. El paso de los puercos por el río, se hacía atados con rejos y de a uno en uno, haciéndolos nadar al costado izquierdo de la balsa, para evitar que tomaran la corriente del agua, la cual era conducida por un

21 El sitio exactamente está ubicado en tierras que pertenecieron a Gabriel Calderón Renza (1907-1984), a cuatrocientos metros aguas arriba el desagüe de la quebrada de la Chorrera en el río Magdalena

pasero hasta la orilla opuesta. Esta labor podía implicar todo un día de faena.

El río Magdalena en este sector ha dado lugar a que se hable de la existencia de leyendas aún en los tiempos actuales. En dos ocasiones, una de las cuales presencié alarmado Jaime Calderón Molina, hermano del autor de este escrito y propietario de la finca en donde está ubicado este histórico paso. Hacia finales de la década de los años 80 del siglo pasado, una tarde se encontraba a las orillas de este río en el sitio del Paso Real acompañado de uno de sus pequeños hijos. De un momento a otro escuchó un grito muy agudo y al mirar hacia las aguas vio cómo en el centro del río se levantó la silueta de una figura humana formada por el agua que alcanzó una altura de unos dos metros que provocó un gran movimiento de agua hacia las orillas y en seguida desapareció retornando en seguida el río a su estado normal. Todo ocurrió en cuestión de unos pocos segundos. El mismo fenómeno observó un habitante de la vereda del Alto del Obispo en la década de los 90 en el lugar donde la quebrada de El Ahorcado cae al Magdalena, unos dos kilómetros arriba del lugar anterior.

Otro día ocurrió otro caso sin explicación, trescientos metros abajo de donde cae al Magdalena la quebrada de La Chorrera frente a un lugar llamado la Puerta de la Iglesia. Un pequeño grupo de personas que había ido hasta ese paraje con el fin de pescar mediante el sistema de extender anzuelos, cuando se disponía a pasar la noche debajo de un árbol, escucharon, como a las 8 p.m., un grito desde la parte más alta del peñasco que está al frente y al mismo tiempo un golpe similar al que se escucha por la caída de una persona que se lanza al agua. Esa noche en ninguno de los anzuelos cayó pescado. Otros contaban que nadie se atrevía a subir aguas arriba de la quebrada de La Chorrera porque entre los agrestes peñascos después del Salto que forma antes de tributar al Magdalena, se escuchaba el llanto de los niños que habían sido robados por los duendes que habitaban allí. Así mismo, existe la historia de que en los tiempos en que por primera vez se llevó ganado a pastar en el denominado plan de Isnos, en el sector del Mortiño, uno de los vaqueros encontró entre las vacas un gran toro de color negro totalmente desconocido para él. Llevado por

la curiosidad decidió entonces enlazarlo y tan pronto el animal se sintió con el rejo en los cachos, emprendió una carrera veloz hacia el profundo salto que tiene allí la quebrada en su caída hacia el Magdalena. Vaquero y caballo fueron arrastrados hasta el fondo del salto y jamás se supo de su suerte. Algunos agregan que durante la Semana Santa oyen bramar un toro en las profundidades de esa maravilla de la naturaleza andina.

A partir del "Paso Real" la duración del recorrido con puercos gordos era de 10 a 16 días dependiendo del estado del tiempo y de las condiciones del río Mazamorra al que había que atravesar en plena cordillera central. Si había llovido y estaba crecido, había que esperar hasta cuando diera paso. Por eso, el tiempo preferido para hacer la travesía era en los meses de verano en la zona: diciembre, enero, febrero, julio y agosto. En estos meses se triplicaba la frecuencia de las partidas de puercos que eran arriadas hacia Popayán. Algunas de estas arrancaban desde Timaná, pero la mayor parte lo hacían desde el Valle de Laboyos, en donde criar y engordar puercos, hacía parte de la cultura local desde comienzos de la Colonia.

La llevada de estos animales a Popayán era muchas veces tarea de sus propietarios de fincas, pero también existían personas que lo hacían en su carácter de comerciantes que los compraban y luego los trasladaban a esta ciudad para luego regresar con telas, ruanas y sombreros de pelo que adquirirían en esa ciudad para vender en Pitalito con buenas ganancias. No fueron pocos los campesinos que pudieron lucrarse de este negocio que les permitió comprar tierras y mejorar sus condiciones de vida. Entre estos se puede mencionar, entre incontables personas que lo hicieron a lo largo de 170 años, a Timoteo y Arturo Murcia, los hermanos Ricaurte y Abelardo Renza Vargas, Santiago Castro (padre del médico y parlamentario Manuel Castro Tovar), José Hilario Rojas, Onésimo Pabón Hoyos, quien hizo 23 viajes, Angel María González, Aníbal Peña, José Dolores Hoyos, José Aniceto Calderón Perdomo y sus hijos Pedro Antonio, Ismael, Gabriel y Abel Calderón Renza, que pertenecieron a la última generación de hombres que transitaban el camino llevando puercos a Popayán.

Resulta interesante transcribir el recorrido del camino en el sentido Popayán- Isnos, según Onésimo Pabón Hoyos, hecha al escritor Carlos Ramón Repizo y que relaciona en su libro "Destrucción de la Naturaleza".

"De Popayán, habla el señor Pabón, se llega al valle de Paletará, donde se cruzan los ríos Blanco, Rionegro y Bugíos, que son afluentes del Cauca; se llega al sitio de La Ceja, y por el lomo de una cuchilla asciende el camino hasta alcanzar la planada de El Buey; se sigue loma arriba a salir a la Cuchilla de El Buey, desde donde se ve a contados kilómetros, en línea recta y mirando hacia la izquierda, la laguna de El Buey rodeada por bajas colinas cubiertas de espesa vegetación y de la cual salen sus aguas en busca del Mazamorra; desde esta cuchilla también es posible divisar gran parte de la cuenca de este río y de la explanada que se tiende al otro lado del mismo, hasta muy cerca de San José de Isnos y el Magdalena; se desciende por la cuchilla del Mandural, y como a mitad de ésta se llega al sitio llamado Alto de Corazas; continúa el camino bajando hasta el Mazamorra y se cruza por el vado de los cerdos; pasado el río se empina el camino loma arriba, hasta el Alto de La Parada; más adelante se llega al Chupallal del Perico; en suave descenso hacia Isnos se pasa por Puentetierra, Alto de Las Hojas y El Palmito; continúa la vía, siempre bajando, por Flautas, Santa Rita, Paloquemao, Quebradillas, Hornitos, Alto de Capillas y La Orqueta"²².

La llevada de puercos gordos por ese camino era, de todos modos, una empresa para los más osados y experimentados. Desde Matanzas eran unos 80 kilómetros de recorrido. Para que fuera rentable, la partida de animales no debería ser inferior a sesenta. Para facilitar el trabajo se contrataba un peón por cada ocho cerdos, quien tenía que llevar a la espalda un canasto con su cobija, una muda de ropa y su comida para el viaje de ida que consistía en rodajas de plátano y carne de cerdo fritos en pequeños trozos suficientes para dos raciones diarias, desayuno y comida y panela rayada para el almuerzo. Sobre el canasto, un encauchado que cubría el canasto para evitar que se

²² CARLOS RAMÓN REPIZO. Obra Cit.. pág. 43

mojara su contenido. Todo, no debía pesar más de dos arrobas que se iban disminuyendo a medida que se avanzaba en el camino.

Había personas cuya actividad durante buena parte del año era trabajar en el oficio de arriar puercos a Popayán como peones. De tanto hacerlo en varios años les quedaban como testimonio tremendas callosidades en la espalda que muchos años después mostraban con orgullo. Entre ellos se puede mencionar a José Dolores Hoyos y Angel María González, quienes hasta comienzos del 2004, todavía vivían nonagenarios en Matanzas e Isnos, cuyos datos me permitieron profundizar este escrito.

El camino en el sentido Matanzas- Popayán, tenía perfectamente definidos los sitios para las quedadas, a lo largo de todo su trayecto. En dirección hacia Popayán figuraban, entre otros, los nombres de Mortiño, La Horqueta, Hornos, El Marmol y El Chupallal del Perico, de este lado de la cordillera. Del otro, Aguasilencio (por el curso lento del río Cauca), Paletará, Calahuala, Casa de la Hacienda (en referencia a la hacienda que fue del general Tomás Cipriano de Mosquera que todavía se conserva al lado de la carretera), Coconuco y paso del río Cauca. Entre El Mortiño y Paletará, el camino era por entre la selva, a la merced del frío y de los ataques, a veces frecuentes, del puma, abundante en esas épocas en la región.

El camino pasaba por las proximidades del Parque Arqueológico del Alto de Los Idolos, reconocido por la UNESCO, como Patrimonio Mundial, el 5 de diciembre de 1995 y por las faldas de La Orqueta, sitio considerado por los esotéricos como uno de los lugares en donde más se percibe energía en el mundo, lo que quizás explique que los indígenas hubieran hecho de sus contornos un sitio de adoratorios y de contacto con el más allá.

Hacia la década del año 30 del siglo XX, los terrenos del Parque del Alto de Los Idolos pertenecían al alemán Juan Friede²³, uno de

23 JUAN FRIEDE, autor de numerosos libros entre los cuales figuran Los Indios del Alto Magdalena, El Indio en la Lucha por la Tierra, Los Andakí y Gonzalo Jiménez de Quesada a través de los Documentos Históricos.

los más sobresaliente historiadores que ha tenido este país, quien construyó y vivió en la casa de madera que había antes a su entrada. Este antropólogo se mantenía dedicado a recoger y coleccionar todo tipo de vestigio precolombino que estuviera a su alcance. El señor Omar Muñoz Muñoz (entrevista del 7 de junio de 2004), cuenta que la finca de su padre José María Muñoz López colindaba con la de este intelectual extranjero, quien al ver que las columnas de la casa de su papá se apoyaban en estatuas que estaban semienterradas, consiguió que éste le permitiera reemplazarlas por piedras o ladrillo. Lo cierto es que Juan Friede coleccionaba piezas arqueológicas, pero se desconoce el destino que les dio después de permanecer bastantes años, tanto en Isnos como en San Agustín, donde también tuvo finca cerca al Hotel Yalconia.

En los sitios de quedada en la marcha hacia Popayán, existían ranchos (tambos) ubicados siempre en lugares próximos a una fuente de agua, cubiertos con hojas de platanillo o de otras plantas de la zona que sucesivos transeúntes se encargaban de mantener en pie y en condiciones para ofrecer algún abrigo a los caminantes. Cuando se partía de un lugar de estos había que calcular y manejar perfectamente el tiempo para llegar antes del anochecer al siguiente tambo. Errar, significaba dormir a la intemperie expuestos a la lluvia y al frío del páramo y demás adversidades. En épocas de verano era frecuente que, cuando se llegaba un tambo, se encontraran huellas frescas de otros que marchaban adelante. Por eso, permanecer más de un día en estos sitios, sobre todo en el verano, podía dar lugar a ser alcanzado por otros lotes de puercos que podrían venir atrás.

Lo primero que se hacía a la llegada a un tambo era preparar la comida. Se prendía el fogón y luego a una sola olla llena de agua que se ponía a hervir, cada cual aportaba una porción de sus reservas de comida que, posteriormente, se servía por partes iguales. Como todo iba frito, el resultado era una exquisita sopa que consumían todos con avidez. Al día siguiente, antes de partir se hacía lo mismo y se le agregaba agua de panela. El almuerzo era mientras se caminaba y

consistía en pedazos de panela con agua que se recogía de alguna fuente, de las abundantes que había por todas partes.

El tambo del Chupallal del Perico se utilizaba para permitirle a los puercos descansar un día para luego atravesar el río Mazamorra y subir la cuesta del páramo. Por lo general, en este lugar se mataba alguno de los animales entre los que se notaran más cansados, para proveerse de carne fresca y llevar para el resto del camino. Era la costumbre cuando se mataba alguno de los puercos dejar colgado al humo un buen pedazo de carne con suficiente sal, para quien pudiera pasar en los días siguientes y de pronto necesitara. Muchas veces, al retorno de Popayán, los viajeros encontraban que la carne seguía en su lugar en donde podía permanecer hasta un mes en buenas condiciones dado el frío helado en la zona.

En el viaje de regreso se gastaba la mitad de tiempo empleado de ida, pero había que cargar a las espaldas no solo la comida adquirida en Popayán para el regreso, los objetos de regalo o las mercancías que se compraban en esta ciudad para comercializarlas, a lo cual se agregaba casi una arroba de las desvalorizadas monedas recibidas por la venta de los puercos. Esto sucedía cuando todavía no circulaba el papel moneda en Colombia.

Recorrer el camino en cualquier sentido implicaba estar expuesto a un sinnúmero de dificultades. La lluvia, las frecuentes tempestades, la humedad y el intenso frío del páramo, sobretodo a partir del Chupallal del Perico, las enfermedades que a veces afectaban a las personas, el extravío de cerdos, encontrar destruido el rancho de la quedada, etc, eran situaciones que complicaban el viaje. La transmisión oral señala que hubo personas que murieron al atravesar el páramo y que los puercos de las siguientes partidas a veces descubrían los cadáveres semi enterrados y empezaban a comérselos hambrientos porque no recibían comida desde comienzos del viaje. Se conoce un caso de una actitud despiadada de los arrieros de puercos atribuida a unas personas de apellido Rojas: algún día enfermó gravemente uno de los peones con elevadas fiebres que le hacía imposible

continuar la marcha. Los demás decidieron dejarlo solitario en uno de los tambos en plena cordillera sin que de nada sirvieran los ruegos que de rodillas les hacía el enfermo para que no lo abandonaran. Al regresar ocho días después lo encontraron muerto en el mismo sitio ya con gusanos en la boca. Igualmente la tradición oral registra la inmensa capacidad de los arrieros para superar los problemas de algunas enfermedades mortales: por ejemplo, cuando a alguien le caía gangrena por alguna herida, ponían al fuego una penca verde de cabuya y cuando ésta estaba bien caliente exprimían su jugo sobre la parte afectada y se curaba²⁴.

En otras oportunidades, las crecientes del río Mazamorra retrasaban el avance por el camino. Si esto ocurría viajando hacia Popayán implicaba tener que sacrificar puercos para suplir la comida que hiciera falta. Si ocurría al regreso podía ser grave para los caminantes que lo hacían tan solo con comida indispensable para pocos días. Se cuenta que en alguna oportunidad a un grupo de personas que regresaba de Popayán tuvo que permanecer al otro lado de este río por espacio de quince días esperando que este diera paso. Al acabársele la comida, tuvieron que comerse un escuálido perro que los acompañaba. Otros más previsivos, cuando suponían que el río no daba paso, preferían dar la vuelta por Sotará, Valle de las Papas, Páramo de El Letrero, Quinchana y San Agustín.

La importancia del camino en la época de los puercos fue fundamental a lo largo de casi dos siglos para quienes criaban o engordaban cerdos de este lado de la cordillera central. Se demuestra por los profundos y estrechos senderos de hasta de seis metros de profundidad por el que tenían que pasar estos animales en algunos sitios ahondados por las miles de pisadas en diferentes partes de la cordillera y que a veces eran verdaderos obstáculos en su marcha. En estos lugares, primero

24 Aníbal Peña, durante su segundo secuestro por parte de las Farc, utilizó este sistema para curarse de la gangrena que le había caído en una de sus extremidades inferiores, técnica que había visto aplicar entre los arrieros de puercos cuando en la primera etapa de su vida se dedicó a este comercio entre Pitalito y Popayán. Algunos dicen que llevando puercos a Popayán fue lo que le permitió a Aníbal Peña formar el capital que tuvo y que uno de las personas que trabajó para él en esa empresa fue Julio Falla, quién fuera después Diputado y Notario de Pitalito.

estaba el trabajo de hacerlos entrar en el encafilonado sendero y luego, y si alguno se atascaba, había que recurrir a puyarlos con largas varas desde lo alto de los bordes del desfiladero para lograr hacerlos avanzar. Descendiendo al Mazamorra existía un sitio de estos al que todos le temían, porque siempre ocurrían esta clase de dificultades por lo cual simbólicamente lo llamaban "*la raja del rabo*". Para evitar estos inconvenientes se acostumbraba enviar adelante alguna persona para que con un barretón ampliara o quitara los obstáculos que pudieran impedir el paso, sobre todo de los cerdos más gordos.

La llegada a las calles de Popayán era el fin del largo y difícil camino. Varias decenas de puercos, la mayoría con las patas destrozadas, cansados y hambrientos marchando lentamente hacia la plaza de ferias ante las miradas curiosas de la gente que salía a las puertas de sus casas a verlos pasar. Detrás de estos, varias personas que los arriaban con las señales físicas de un esfuerzo de muchos días por la cordillera que se reflejaba en sus rostros y en su pobre y sucio vestir. Para los habitantes de Popayán, eran los "timanejos" que desafiaban a pié la distancia, los páramos y el frío de la selva de la cordillera, gentilicio heredado desde la Colonia con la que se reconocía a la gente de la antigua provincia de Timaná. Aún así, viajar a Popayán era un acontecimiento social. Muchos de los dueños de puercos aprovechaban la oportunidad para llevar a sus esposas o a sus hijas para que conocieran la ciudad, sus templos, y en los últimos tiempos, los carros y el tren, se hicieran peinar, compraran ropa y prendas que luego exhibían con orgullo en las fiestas.

Más allá de las calles, en la plaza de ferias, se encontraban los compradores de puercos de la ciudad o venidos de Cali, cuyo saludo irremediable era decir que habían llegado en mala época, que ahora había abundancia de oferta de puercos, que la gente ya casi no consumía su carne, sino la de res o que del Patía habían empezado a salir lotes de puercos muy buenos y baratos. Era el eterno cuento de los intermediarios de todas partes en busca de incrementar sus ganancias pagando a menor precio el esfuerzo productivo de los campesinos. Sin embargo, todos los puercos pronto eran vendidos dejando buenas utilidades, un porcentaje de los cuales, algunos de los

más devotos, depositaban en la alcancía de la Iglesia del Santo Ecce Homo, en acción de gracias por los buenos resultados del viaje.

El Desplome del Negocio

Sólo las ganancias explican que el negocio de llevar a esa ciudad puercos gordos se mantuviera por tantos años y que algunos lo hicieran de por vida, hasta que un día, a finales de los años 20, como en el caso del alfarero que nos relata el premio Nobel de Literatura 1998, José Saramago en su magistral libro *La Caverna*, el cuento de los intermediarios para comprarlos más baratos, se convirtió en una realidad. Saramago cuenta que un alfarero a quien siempre un supermercado le permitía ofrecer sus productos a los clientes, un día dejó de recibírselos porque ahora los hacían de plástico. A nadie le importó que para elaborarlos tuviera que sacar la tierra, mezclarla con agua, batir y amasar la pasta, torneear las piezas que le habían encargado, cocerlas en el horno y llevarlas al centro comercial. Así mismo, a nadie le importó que unos campesinos del sur del Huila tuvieran que criar o conseguir los cerdos, alimentarlos y engordarlos durante varios meses con los productos de su misma finca y luego trasladarlos, a pié, a Popayán en medio de grandes dificultades, atravesando selvas, ríos y páramos durante más de 10 días.

En 1929, José Aniceto Calderón, estimulado por los buenos precios de varios lotes que él personalmente había llevado a Popayán en el año anterior, destinó más diez hectáreas de su finca en Matanzas para engordar más de doscientos lechones que compró en sus alrededores, a los cuales se dedicó a alimentar con maíz y yuca que él mismo producía. Cuando los primeros sesenta animales alcanzaron el peso necesario para el mercado, envió a sus hijos Ismaél, Gabriel y Abel, a la cabeza de un grupo de peones para que hicieran la travesía del páramo, los llevaran a Popayán, los vendieran y trajeran la plata para engordar los demás y seguir adelante en el negocio que parecía halagador, por mucho tiempo.

Cuando llegaron a la ciudad, nadie entre los conocidos compradores de la ciudad apareció el primer día. A la mañana siguiente, mientras

desayunaban en algún lugar, se encontraron un comprador de los que en ocasiones pasadas habían adquirido cerdos llevados por ellos. Este les dijo que ya no había interés de los compradores por los puercos gordos, que era difícil que los vendieran porque hacía tres meses habían salido al mercado las grasas vegetales que eran mejores y más baratas y que sustituían las que se producían a partir del tocino que se venía utilizando desde tiempos inmemoriales en la mayor parte del mundo. Antes de este nuevo invento en Popayán los consumidores compraban el tocino para freírlo y sacar la manteca para el uso diario en la preparación de alimentos. Algunos matarifes, incluso, al negocio del expendio de carnes le agregaban el de la venta de la manteca de cerdo líquida en medias y botellas de las llegaban con licores.

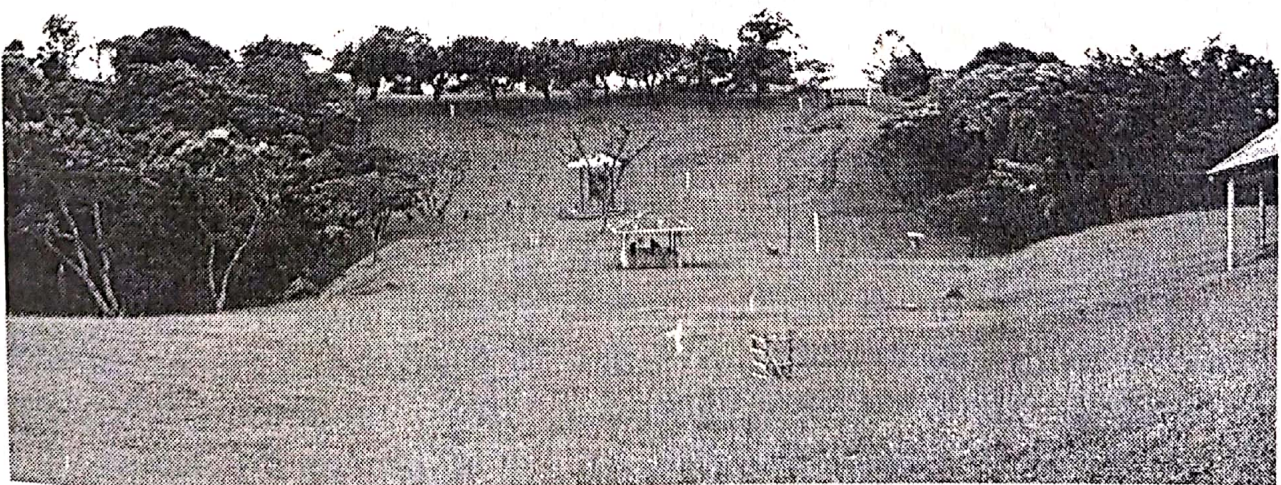
Al tercer día, pudieron vender, aunque baratos, algunos pocos puercos a algunos matarifes locales que todavía tenían consumidores que se resistían a cambiar de grasa en la cocina con lo cual consiguieron algún dinero para sostenerse. Al cuarto día amanecieron desmoralizados y con ganas de venderlos al precio que ofrecieran con tal de salir de ellos y regresar a Matanzas para llevarle a su papá la noticia de que las grasas vegetales que habían salido al mercado, amenazaban con arruinar el negocio que con tanta ilusión habían organizado en la finca. En otras palabras, empezaban a comprender que el modo de vivir que muchos tenían en el sur del Huila, estaba en camino de convertirse en una actividad inútil por los avances de la tecnología, que definitivamente, no tienen en cuenta el hombre, sino el dinero y las ganancias de quienes tienen acceso a ella.

Al cuarto día, se les acercaron dos conocidos compradores que en otras oportunidades negociaban lotes considerables de puercos que llevaban a Cali en el tren que desde 1928 unía las dos ciudades. Les ofrecieron comprarlos a la mitad del precio que ellos esperaban, y que solo los pagarían en Cali después de que los vendieran. No habiendo otra alternativa y para no echar a perder todo, aceptaron negociarlos en esas condiciones y viajar a una ciudad para ellos desconocida. Entonces, Ismael y Gabriel partieron para esa capital en el mismo tren

que transportaba los animales. Mientras tanto, su hermano Abel y los peones emprendieron el mismo día su regreso a Matanzas.

En Cali los dos hermanos acompañaron a los compradores hasta los chiqueros de la plaza de ferias y convinieron con éstos que a la mañana siguiente se verían en el mismo lugar para ayudarles en la venta. Al otro día muy temprano llegaron los hermanos al sitio: los puercos ya no estaban y los compradores no aparecieron en los cinco días siguientes que ellos siguieron yendo a esa plaza. Alguien les dijo: ¡los robaron!

Entonces entendieron que la tecnología y los estafadores los habían derrotado y que el camino de los puercos había dejado de serlo para ellos. Portadores de lo sucedido, ningún campesino de Pitalito, Timaná y San Agustín, volvió a llevar puercos gordos por más de diez años a Popayán por el camino de Isnos.



Parque arqueológico Alto de los Idolos, Isnos, Huila